

Una corriente incontenible

La corriente

JULIANA RESTREPO

Angosta Editores, Colección Lince, Medellín, 2016, 132 págs.

UNA FÍSICA doctorada en París, madre de dos hijos pequeños y con un trabajo de tiempo completo, se convirtió en la mejor noticia para la literatura colombiana en 2016. Lo fue, gracias a doce relatos trabajados los jueves, día en el que se reunía con el grupo del taller literario del escritor Héctor Abad Faciolince, quien tuvo el tino y el olfato de crear un sello editorial –Angosta– y de hacer de *La corriente* su primer libro. Bellísimo, por cierto.

Juliana Restrepo ha afirmado una y otra vez que los cuentos tienen mucho de su vida. Así se presenta en la página 56 la narradora de la mayoría de las historias:

Al principio yo le parecí una criatura demasiado extraña y convencional que quería tener hijos, que se quería casar y ser fiel, que aceptaba de buena gana que los hombres pagaran la cuenta en un bar, que compraba ropa de moda en tiendas. Yo había nacido siendo eso, podía disimularlo, y lo disimulaba para no parecer una burguesita colombiana con alta influencia gringa consumista, claro, pero al final yo también era hija de alguien y esos no habían sido *hippies* en el 68 y se me notaba.

Cuando esta burguesita narra distintas situaciones de su vida, es cuando *La corriente* alcanza sus mejores momentos, que, al mismo tiempo, son los mejores momentos que ha pasado el cuento como género en el país en el último tiempo. Al igual que la recientemente renacida Lucia Berlin, Juliana Restrepo brilla cuando el lector intuye que hay algo personal en escena, algo sucio, algo oscuro –aunque no necesariamente sucio y oscuro–, algo que no se va contando así no más, pero que cuando comienza a contarse es una corriente que no puede contenerse.

En el primer cuento, “Ménage”, una estudiante colombiana viaja a París y en el aeropuerto entabla una charla con una “señora bajita, pelinegra y

cachetirroja, de esas que uno dice que parecen de Marinilla o de Guarne o del Carmen de Viboral”; al final, a ambas las aguarda un encuentro inesperado. En “1997”, Juliana y Elvira alternan la narración al mejor estilo faulkneriano de una visita a una finca en Santa Fe de Antioquia cuando tenían quince años. La protagonista y narradora de “Vol-au-vent” se escapa de una anodina fiesta familiar para bailar salsa con el Negro; “Composition Notebook” es el relato más bonito del libro, una verdadera joya; en él, una niña hace sus primeras pesquisas lingüísticas. “Clases particulares”, acaso el mejor cuento de la colección, presenta a una tutora de matemáticas que termina enredada en la cotidianidad de una familia “que era feliz, no se parecía a las otras, las familias felices no se parecen finalmente”.

La voz femenina que narra la mayoría de las historias es de un poder que hace pensar en las voces femeninas más contundentes de la literatura contemporánea: A. M. Homes, Jhumpa Lahiri, Lorrie Moore. Estas pueden llegar a ser malas, malísimas, producir auténtico escozor. No solo eso. Restrepo sabe retratar la sociedad en la que le tocó vivir; en cierto sentido, es la niña rebelde que termina arrasando con aquello que le ha dado vida, algo parecido a lo que ha hecho Andrés Felipe Solano con sus amiguitos de Bogotá. Esto es particularmente notorio en “Coronas de flores”:

Cuando uno vive en París, en mayo siempre llama a alguien de Medellín que está de paso y uno queda en hacer un picnic y eso siempre lleva a un tercero y uno acaba completamente desadaptado, sentado en una manga, tomando vino con uno de esos tipos o viejas que le recuerdan por qué nunca quiere volver.

Los retratos que se encuentran a lo largo del libro de personajes arquetípicos de la sociedad colombiana –el narco, el emprendedor, el negro– son prueba de un talento que será capaz de muchas cosas. La escritura, de otro lado, es siempre ágil, precisa, divertida, y Restrepo no le teme a mezclar letras de canciones en inglés, títulos en francés, ni siquiera a hacer apuestas arriesgadas con los diálogos en el párrafo, de los que no siempre sale

bien librada, pero que confirman su propuesta estética. El estilo se siente a veces confuso, enrevesado; las narradoras no le temen a la enumeración, a la acotación, a la constante digresión. Su afán de explicarse constantemente molesta, conmueve y fascina a un mismo tiempo. *La corriente* es algo confuso y poderoso.

En una entrevista, Héctor Abad afirmó de Juliana Restrepo: “escribe para los lectores; se aleja de esa moda muy académica de escritores que hacen guiños literarios en vez de contar historias”.

No es del todo cierto, pero se entiende el punto. Además del guiño ya mencionado a Tolstoi, la autora cita libros de los más variados temas, e incluso, en uno de los relatos, a Medellín ya llegó el sexto tomo del noruego Knausgård, que todos esperamos con ansias. Yo diría, más bien, que sus guiños literarios están muy bien elegidos y mejor dispuestos en la página: otra muestra de sus considerables aptitudes. Puede que este sea el primer libro de esta joven escritora antioqueña, pero no es bajo ningún punto de vista el trabajo de un principiante.

En concordancia con el tono y la propuesta de *La corriente*, la edición es de un buen gusto que pocas veces se ve en una editorial naciente. La portada es sobria, así como el diseño y la caja tipográfica. Es un objeto pequeño y elegante, con un precio asequible (35 mil pesos) y que ha recibido una merecida atención de los medios, gracias en parte a los buenos oficios del director de la editorial, algo que no puede dejar de verse como positivo. Si podemos tomar este primer libro de la Colección Lince como una declaración de intenciones, y desde luego que podemos hacerlo, el futuro que le espera a Angosta es brillante. Los lectores estaremos pendientes.

Juan F. Hincapié